

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS

20



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1979

INTRODUCCIÓN AL PANORAMA DE LAS ALTAS CULTURAS DE AMÉRICA PRECOLOMBINA

ROBERTO LARA VELADO
El Salvador, S. A.

A) *Planteamiento General*

AMÉRICA PRECOLOMBINA constituye un campo virgen para los intérpretes de la Historia. No obstante que los estudios sobre su historia y sus culturas, hechos principalmente por historiadores indigenistas y antropólogos, han avanzado lo bastante para permitirnos con alguna amplitud un trabajo interpretativo; y que éste constituye una necesidad, no solamente para los estudiosos de este continente sino para ofrecer un cuadro completo capaz de constituir una Teoría General de la Historia; no obstante lo antes indicado, decimos, los intérpretes de la Historia han descuidado a América Precolombina, descuido solamente comparable a la poca importancia que hasta hoy dan, de manera ostensible, a América Latina Postcolombina.

En efecto, bastarán unos cuantos ejemplos para comprobar la anterior afirmación. Oswald Spengler, el conocido autor de *La Decadencia de Occidente*, que fue uno de los descubridores del fenómeno de las altas culturas históricas, apenas si, de manera incidental y sin darle la importancia que el tema merece, ha hecho en su obra mencionada, algunas referencias a la cultura maya y a la mexicana. Arnold J. Toynbee, en su obra monumental *El Estudio de la Historia*, que lo acredita como el más genial y erudito intérprete de la historia del presente siglo, nos habla de tres civilizaciones de América Precolombina, que son: la maya, la mexicana y la andina; pero, en lo que a ellos se refiere, demuestra tanta falta de información, como exceso de erudición nos muestra respecto de las civilizaciones del resto del mundo; al mismo tiempo, al hablar de las civilizaciones contemporáneas, no toma en cuenta, en la medida que debiera, a América Latina

de nuestro tiempo. Alfred Weber, autor de *Historia de la Cultura*, que contiene una interesante obra interpretativa, trata este tema en la misma forma; las alusiones, tanto a América Precolombina como a América Latina, son absolutamente insuficientes; respecto de la primera, se refiere a ella, juntamente con la historia de otros pueblos de otras latitudes, en el capítulo introductorio de la parte referente a la expansión occidental de los siglos XV y XVI, bajo el nombre de "Con qué se encontró Occidente"; o sea, de manera totalmente subordinada a la historia europea.

Lo que acabamos de señalar constituye, sin duda alguna, una seria deficiencia; esta deficiencia afecta principalmente a la Teoría de la Historia, en su desarrollo como ciencia social y del hombre; en efecto, el correcto desarrollo de esta disciplina supone que los fenómenos históricos de todas las sociedades humanas sean tratadas como objeto de estudio por lo que ellos mismos son en sí, dándoles a todos su propia importancia; si algo perjudica al estudio de una cultura dada, es hacerlo desde el punto de vista de una sociedad diferente, a cuyo desarrollo se subordina, así como la falta adecuada de información que puede provocar deducciones equivocadas por desconocimiento de circunstancias importantes del proceso.

Para subsanar la deficiencia apuntada, hace falta: 1) Interpretar la historia de América Precolombina e incorporarla a la interpretación histórica general, haciéndola figurar como una parte armónica de la misma; esto es, de tal manera que las conclusiones propias de ella, se proyecten en la teoría general que se formula, con igual importancia que las obtenidas al interpretar la historia de las demás sociedades. 2) En la interpretación de la historia del período comprendido entre la conquista europea de América y nuestros días, dar a la historia de América Latina la importancia que le corresponde en la marcha del proceso; ello requiere tomar en cuenta fenómenos históricos de nuestras latitudes que, a no dudarlo, contribuirán a cambiar algunas conclusiones primordiales.

Lógicamente al emprender este trabajo, todo autor lo hará desde sus propios puntos de vista, o dicho de otra manera, aplicando las ideas que le sirven de directrices de su propia interpretación, que constituye el cuerpo de teoría que ha de presentar completo a sus lectores, comprendiendo todas las altas culturas producidas por las diversas sociedades humanas del planeta. Esto hemos hecho en las obras que llevamos publicadas y también lo continuamos haciendo en las que tenemos en preparación. En esta serie de artículos, escritos especialmente para su publicación en *Humanitas*, vamos a abordar el tema en tres partes: primeramente una parte introductoria, la presente, destinada a la discusión de problemas generales que afectan el inicio de la

historia en nuestro continente; luego las dos partes siguientes destinadas a completar con las altas culturas precolombinas de América, el catálogo de altas culturas históricas y sus características fundamentales, que hemos venido publicando en diversos artículos en números anteriores.

La interpretación histórica de quien escribe responde a dos ideas directrices fundamentales, que son: 1)-La del proceso evolutivo como proceso de cambio, que constituye el marco dentro del cual se formula la interpretación; la historia está concebida como la realización del proceso de evolución histórica de la humanidad, el cual se considera, a su vez, como el más reciente y, por ello, el más avanzado de los procesos que componen ese complejo que llamamos evolución. 2)-El de las altas culturas históricas, concebidas como figuras estelares en que, de tiempo en tiempo, se concreta la evolución histórica de la humanidad, o dicho de otra manera, el proceso evolutivo histórico no es otra cosa que la evolución de las altas culturas históricas.

El trabajo interpretativo de la historia de América Precolombina, de acuerdo con nuestros puntos de vista, ofrece una nueva dificultad, en cuanto a la identificación de las altas culturas históricas se refiere; ella consiste en la diferencia de extensión de la palabra "cultura" en el vocabulario usado en la interpretación histórica, y en el léxico empleado por antropólogos e historiadores indigenistas que se han ocupado del remoto pasado de nuestro continente. En efecto, los autores que han escrito sobre América Precolombina han identificado las diversas culturas con los diferentes grupos humanos que las produjeron, tomando como unidad, en la mayoría de los casos, los grupos menores, casi las unidades tribales; en cambio, en la interpretación histórica, las sociedades humanas que han producido las altas culturas a que se han referido los intérpretes, son mucho mayores, trascienden las unidades menores, inclusive las entidades políticas; sirve de ejemplo para utilizar el que pueda ser más conocido, la alta cultura occidental contemporánea, que comprende a todos los pueblos de Europa Occidental y América y aun Australia, Nueva Zelandia y el extremo meridional de Sudáfrica. Ello implica la necesidad de comparar las diversas altas culturas precolombinas admitidas por los autores, a fin de agruparlas en unidades mayores, constituidas con base en diferencias fundamentales en las manifestaciones que las integran, superando las discrepancias de detalle que, en sí mismas, no son suficientes para diferenciar a culturas distintas. Sirva este párrafo como una explicación a los lectores de las razones que nos obligarán, en futuros trabajos, a agrupar las culturas normalmente consideradas como diferentes.

Tal como su nombre lo indica, éste es un trabajo introductorio destinado a exponer todos aquellos asuntos previos que consideramos indispensables para abordar el tema principal que nos hemos propuesto tratar, esto es el de las altas culturas precolombinas de América. Los puntos concretos a presentar a los lectores, serán los que se refieren al marco evolutivo histórico de nuestro continente y a los problemas del origen de la población y las culturas en América. En trabajos posteriores trataremos las altas culturas precolombinas de Mesoamérica y las altas culturas precolombinas de Sudamérica.

B) *Los ciclos históricos americanos*

En un trabajo anterior nuestro titulado *Las Culturas Históricas en el Proceso Evolutivo Humano*, publicado en el número 17 de *Humanitas* correspondiente al año de 1976, hemos señalado, a grandes rasgos, las características propias del proceso de evolución histórica, dentro del cual se concretan las altas culturas históricas, tal como lo hemos concebido y descrito en nuestras obras anteriores. Vamos a presentar una exposición esquemática y somera a los lectores.

El proceso de evolución de las altas culturas históricas no solamente se da en cada una de ellas, no se circunscribe a cada alta cultura separadamente, sino que las trasciende a todas; precisamente por eso, podemos hablar de una evolución histórica de la humanidad, dentro de cuyo proceso se concretan de tiempo en tiempo, a modo de figuras estelares, las altas culturas históricas. Los encuentros culturales, en el espacio y en el tiempo, con sus resultados de absorción total, absorción parcial y comunicación del ritmo evolutivo, y especialmente el proceso de paternidad-y-filiación, constituyen la trama de ese proceso. Quisiéramos explicar detalladamente lo que acabamos de indicar, pero razones de espacio no nos lo permiten; por ello, remitimos al lector a nuestro trabajo citado más arriba.

Como resultado de los encuentros culturales en el espacio y del influjo mutuo que provocan en las altas culturas que realizan tales encuentros, las diversas etapas del proceso evolutivo histórico tienden a ser comunes para todas las altas culturas contemporáneas que tengan la adecuada comunicación entre sí. Pero aquellos grupos de altas culturas, cuyas sociedades humanas que las realizan carecen de la adecuada comunicación entre sí, evolucionan simultánea e independientemente; por ello, han existido varios procesos evolutivos históricos. El proceso evolutivo histórico americano es uno de ellos.

El desarrollo de todo proceso evolutivo histórico implica grandes etapas y períodos menores. Las primeras son las grandes unidades históricas que involucran cambios fundamentales en la marcha del proceso; de una gran etapa a otra, cambia el sentido evolutivo; entendemos por sentido evolutivo el conjunto de tendencias generales que predominan en el proceso y de valores fundamentales cuya realización le sirve de meta ideal. Los períodos menores son las divisiones lógicas en que se articula una gran etapa del proceso, de acuerdo con la marcha del mismo, sin que haya de un período menor a otro cambio fundamental en el sentido evolutivo.

Entre cualesquiera dos grandes etapas del proceso, una crisis de grandes proporciones marca el final de la que precede y el principio de la que sigue; estas crisis afectan a todas las culturas de su época, dentro del área histórica en que presentan, o sea a todas las culturas que realizan un mismo proceso evolutivo; sus consecuencias, por lo vasto de sus alcances, provocan un desquiciamiento general en toda el área afectada, seguido del consiguiente reagrupamiento de fuerzas; por ello cambian el sentido evolutivo. Existen también crisis de menores proporciones; pero éstas, por lo limitado de sus alcances, no son capaces de producir los efectos de las anteriores. Durante el lapso transcurrido entre dos crisis de grandes proporciones, se desarrolla la vida de todas las culturas peculiares de la etapa, salvo excepciones. Estas grandes etapas, cuyos lineamientos se han esquemático, las llamamos ciclos históricos.

Un ciclo histórico, en la línea de pensamiento que hemos adoptado, es una unidad ideal naturalmente observada, un lapso de duración variable durante el cual el proceso evolutivo transcurre en forma equilibrada, suavemente, sin que la afecten las grandes crisis, manteniendo en lo fundamental un mismo sentido evolutivo; carece de cualquier contenido determinista que su nombre, a primera vista, pareciera sugerir.

De acuerdo con la observación de los hechos por los que se manifiesta el proceso evolutivo, dividimos un ciclo histórico en tres períodos menores, en los cuales se concreta la trayectoria de su desenvolvimiento.

En el primero de tales períodos menores, se fijan las tendencias y el ciclo adquiere su fisonomía propia. Los principios religiosos y el sometimiento a la tradición son muy fuertes; la mayoría de las culturas históricas correspondientes al ciclo se generan en este período. Resulta un estado social caracterizado por un fuerte apego a los principios y convencionalismos que le son peculiares, por una organización social basada en círculos rígidos y difíciles de superar y por la formación de unidades políticas estables y

de tendencia perdurable. A este período le llamamos período de integración, porque en él se concreta el sentido evolutivo propio del ciclo a que pertenece.

En el segundo período se desarrolla la vida plena del ciclo. Parte del estado social final del período de integración, dentro del cual aparecen las primeras negaciones que discuten los principios fundamentales que le sirvieron de soporte filosófico; estas negaciones concluyen por provocar un movimiento de gran envergadura, cuyo resultado es un nuevo estado social que, aun cuando conserva buena parte de la fisonomía externa del anterior, se ha apartado en lo fundamental de su postura ideológica y lleva en sí los gérmenes de lo que acontecerá en el período siguiente. A este período le llamamos período de plenitud, porque en él cristaliza el estilo de vida resultante del sentido evolutivo del ciclo a que pertenece.

En el tercer período se destruye la fisonomía del ciclo y surge el estado social que permite el cambio de sentido evolutivo. Aparecen corrientes ideológicas cada vez más apartadas de los principios que presidieron la formación del ciclo, las cuales son esencialmente disímiles entre sí y tienen como único fondo común la repugnancia a las formas tradicionales; estas ideologías encontradas, así como las corrientes de reacción que representa la resistencia del medio al cambio que se avecina, provocan movimientos violentos, cada vez más frecuentes y cada vez de mayores proporciones. Resulta un estado social cuyas características son opuestas a las del originado en el período de integración; se discuten todos los principios y todos los convencionalismos; se superan fácilmente los círculos sociales y la organización política se torna débil y de tendencia efímera; por regla general, las culturas históricas correspondientes al ciclo entran en decadencia. A este período lo llamamos período de disolución, porque a través de él se debilita el sentido evolutivo propio del ciclo a que pertenece, hasta desaparecer durante la crisis final, lo que permite su cambio para generar el ciclo siguiente.

El remate del proceso es la gran crisis final que, a través de acontecimientos violentos y de grandes proporciones, que se suceden unos a otros con la rapidez del relámpago, disuelve el ciclo y genera el siguiente. En el curso de la crisis hay un período hueco, ausente de evolución, cuando a aparecido el sentido evolutivo del ciclo que muere y no se ha concretado aún el del nuevo ciclo en vías de nacimiento. La desintegración se opera con relativa rapidez, si comparamos el lapso necesario para que se efectúe con la duración de los períodos anteriores, pero sus consecuencias se prolongan hasta bien entrado el ciclo siguiente. La crisis pertenece por igual al ciclo que desaparece y al nuevo que se genera; no podemos colocarla exclusivamente en ninguno de los dos,

por ser característica de los hechos sociales que no se produzcan con exactitud matemática, es decir que no es posible señalar una fecha exacta para separar, con absoluta seguridad, cualesquiera dos etapas históricas.

Existe una estrecha relación entre el proceso evolutivo histórico, que es una serie de ciclos compuestos de los períodos menores indicados, y el desarrollo de las culturas históricas correspondientes; por regla general, las altas culturas históricas corresponden a un ciclo del proceso y desaparecen con éste, cuando no se han desintegrado antes; el cambio de sentido evolutivo implica una transformación espiritual tan grande, que resulta natural que las culturas anteriores desaparezcan y se formen otras nuevas; sin embargo, hay casos en la historia de culturas que han subsistido a pesar del cambio de ciclo, prolongando su vida como reliquias del pasado.

El proceso evolutivo histórico de nuestro Continente, cuenta con dos grandes etapas o períodos históricos fundamentales, el precolombino y el postcolombino, separados por una corta y ultrarrápida crisis, representada por el descubrimiento y la conquista; las condiciones históricas y los elementos culturales son fundamentalmente diferentes en una y otra etapas. Consecuentes con esta afirmación, señalamos la existencia de dos ciclos en el proceso evolutivo histórico americano, cuyas características son las siguientes:

A)-CARÁCTER DEL PROCESO: Nació del desarrollo independiente de la evolución histórica, esto es de la evolución de las altas culturas históricas, en suelo americano; pero, a cierta altura de su desarrollo, un acontecimiento inesperado, el llamado Descubrimiento, lo puso en contacto con el proceso evolutivo histórico que se realizaba en el Viejo Mundo, el cual lo absorbió totalmente, destruyendo sus altas culturas y sustituyéndolas por la suya propia. Como consecuencia del carácter propio que hemos advertido en el proceso, al interpretarlo, éste consta de dos ciclos sucesivos que son: 1)-El primer ciclo americano, que comprende todas las altas culturas precolombinas de América; representa un esfuerzo por superar las condiciones primitivas, tal como sucede con las primeras series de altas culturas en todas las latitudes. 2)-El segundo ciclo americano, constituido por la etapa postcolombina, que comienza a partir de la conquista y cuya fase final la estamos viviendo actualmente; representa el período de adaptación de la alta cultura occidental a tierras americanas y de asimilación de la misma por los pueblos que eran sus habitantes.

B)-PRIMER CICLO: En esta etapa, nacen, crecen y se desintegran todas las altas culturas o civilizaciones indígenas de América. El proceso

se inicia dentro del marco de las culturas primitivas americanas, por la diferenciación de las llamadas culturas preclásicas o formativas, las cuales sirven de antecedente a las primeras culturas clásicas; estas últimas podemos considerarlas como las altas culturas o civilizaciones americanas "sin parentesco". Continúa el proceso mediante las altas culturas clásicas de segundo grado, o sea las filiales de las primeras, todas las cuales existían todavía en la época del Descubrimiento y la conquista. El escenario donde se ha realizado el proceso y han florecido las altas culturas en referencia, estuvo dividido en dos zonas, la del Norte y la del Sur. La del Norte, más conocida como Mesoamérica, comprende la meseta del Anáhuac, Guatemala, El Salvador citralempino y parte de Honduras. La del Sur, que podríamos llamar Andina, tiene su núcleo en el Perú, pero comprende además al Ecuador, Bolivia, parte de Colombia y el Norte de Chile. Fuera de ambas zonas, solamente han prosperado algunas culturas aisladas, llamadas culturas periféricas. Los períodos menores de este ciclo, son los siguientes:

1)-*Período de integración*: Comprende el proceso de formación de las altas culturas americanas "sin parentesco" y toda la vida de las mismas. Por lo tanto, se inicia con las culturas preclásicas o formativas, la mayoría de ellas indudablemente culturas primitivas, aunque algunas parezcan ser ya altas culturas; el proceso desemboca en la formación de las primeras culturas clásicas, que constituyen, sin lugar a dudas, la primera generación de altas culturas indígenas de América. La desintegración de estas últimas altas culturas, que a la vez es el proceso de formación de las filiales que florecerán durante el siguiente período, señala el paso a la plenitud del ciclo.

2)-*Período de plenitud*: Comprende el nacimiento y desarrollo de las altas culturas Americanas de segundo grado, o sea de las filiales de las altas culturas en que culminó el proceso histórico durante el período anterior. Durante este período florecen estas altas culturas y se crean y se suceden unos a otros, los imperios por ellas formados. El descubrimiento y la conquista pusieron fin abruptamente a este período.

3)-*Período crítico final*: Normalmente los ciclos históricos concluyen con un período de disolución, que suele durar varios siglos, el cual culmina en una crisis final, en cuyo transcurso desaparece el ciclo que termina y se inicia la formación del nuevo que ha de sustituirlo. La conquista occidental barrió a las altas culturas americanas; todas ellas se desintegraron como complejos culturales armónicos; lo que resta y que ha llegado hasta nosotros, inclusive como importantes y numerosos núcleos de población en la mayoría de los países latinoamericanos, o son núcleos de cultura primitiva, o son grupos

humanos que han conservado muchos elementos sueltos de las antiguas altas culturas; pero estos elementos no llegan a constituir un conjunto armónico capaz de merecer el calificativo de alta cultura, por una parte, y por la otra, están fuertemente influidos por el ambiente cultural occidental circundante. Por ello, este ciclo no tuvo un período de disolución normal; la intrusión occidental se presentó de improviso y disolvió el ciclo en un ultrarrápido período crítico; pero el hecho de que la cultura intrusa haya podido destruir a las culturas que sufrieron la intrusión, es un caso poco frecuente en la historia; recuérdese el caso de la cultura hebreo-irania, que Toynbee llamó siríaca, durante el período de la "pseudomorfosis", en el cual resistió por varios siglos la intrusión del helenismo llevado en las puntas de las lanzas de los conquistadores macedonios y romanos; esta circunstancia, ha hecho que muchos autores hayan pensado que probablemente las altas culturas indígenas de América, a la época de la conquista, habían sufrido ya el colapso y estaba próxima a iniciarse la desintegración; probablemente, si la intrusión occidental no hubiera sucedido, se habrían formado a corto plazo altas culturas filiales de las que encontraron los conquistadores, o sea que habrían aparecido las altas culturas americanas de tercer grado; la conquista impidió definitivamente esa posibilidad.

C)-*SEGUNDO CICLO*: Tal como se ha indicado anteriormente, esta etapa parte de la conquista; las altas culturas americanas desaparecen por haberse roto los complejos culturales armónicos en que consistían; solamente han quedado de ellas, cierta cantidad de elementos sueltos; algunos de los cuales subsisten en los núcleos indígenas que sobreviven, que en algunos países de América Latina constituyen una parte considerable de la población total; otros de esos elementos aparecen mezclados a la cultura occidental de la población de las ciudades. En América Latina, el proceso histórico de la colonia y de la vida independiente de nuestros pueblos, ha tenido tres facetas: 1)-La adaptación de la cultura occidental de los conquistadores y de sus descendientes a tierras americanas. 2)-El mestizaje que ha proporcionado la inmensa mayoría de nuestra población. 3)-La lenta aculturación de los núcleos indígenas no asimilados. Los dos primeros procesos podemos considerarlos como virtualmente cumplidos en este momento histórico; en cambio, el tercero se desarrolla con extrema lentitud, lo que hace que sus resultados puedan ser afectados por los acontecimientos que puedan sobrevenir en el mundo en crisis en que vivimos. En Norteamérica, solamente el primer proceso tuvo lugar; los otros dos fueron sustituidos por la sistemática destrucción de los indígenas, realizada por los conquistadores anglosajones imbuidos de un fuerte sentimiento racista. Las cortas líneas de este párrafo son las únicas que, en este trabajo y en los dos siguientes, dedicaremos a esta etapa; tal

como lo hemos indicado estos tres trabajos estarán dedicados exclusivamente a las altas culturas de la América precolombina; este segundo ciclo americano pertenece al mundo contemporáneo, por lo que volveremos a referirnos a esta etapa cuando tratemos las altas culturas de hoy día.

Este trabajo introductorio se completará con otros dos; uno referente a las altas culturas precolombinas de Mesoamérica y otro a las altas culturas precolombinas de la Región Andina; en cuanto a las culturas periféricas, nos referiremos a ellas, como aledañas a uno u otro de los dos grandes focos de cultura, de conformidad con su posición geográfica.

En este trabajo introductorio, con objeto de completar el cuadro previo a la enumeración y clasificación de las altas culturas de ambas zonas de la América Indígena, nos referiremos a tres problemas cuya importancia hace indispensable que no se dejen de contemplar, son ellos; el del origen de la población precolombina de América, el del origen de las altas culturas más antiguas de América y el de la comunicación entre ambas zonas culturales.

C) Origen de la población americana

El origen de la población precolombina de América ha sido siempre contemplado por los historiadores, quienes le han asignado diversas soluciones, desde considerar autóctona a toda la población precolombina, es decir originaria de este Continente, hasta considerarla el resultado de más de siete invasiones procedentes de distintos lugares de Asia y Oceanía, pasando naturalmente por infinidad de proposiciones intermedias. El problema ofrece la dificultad derivada del hecho que, durante la época histórica anterior a 1492, las comunicaciones entre América y el resto del mundo estuvieron ostensiblemente interrumpidas. En este trabajo, vamos a referirnos únicamente a aquellas soluciones propuestas por algunos autores, que puedan ofrecer alguna fundamentación científica, descartando de una vez aquellas otras que parecen más bien ser el resultado de la imaginación, más o menos fértil, de quienes las han preconizado.

El conocido historiador Alfredo Chavero, en su monumental obra *México a través de los Siglos* considera como autóctonos a los otomíes y a los mayas; a todos los demás los cree venidos del Viejo Mundo, especialmente de Asia; inclusive nos habla de una invasión de elementos de raza negra, que supone del mismo tipo de los habitantes de África Meridional, Nueva Zelandia y Australia. Explica las migraciones mediante la unión de continentes habida durante anteriores etapas del desarrollo de nuestro planeta; no descarta las

hipótesis de la Atlántida y la Lemúrida. Creemos que la unión de continentes no puede explicar las migraciones humanas, pues su separación ocurrió millones de años antes de la aparición del hombre en la tierra. En efecto, la teoría de la unión inicial de los continentes y su separación posterior es original del autor Alemán Wegener, quien hizo notar la similitud de la estructura geológica de las dos riberas del Atlántico y que el recorte de la costa occidental americana ensambla perfectamente con el de las costas occidentales de Europa y África; pero esta teoría no puede ser utilizada por los historiadores, porque el propio autor situó la separación en un período geológico perteneciente al Mesozoico, es decir varios millones de años antes de la aparición del hombre sobre la tierra.

La escuela norteamericana, cuyo principal representante ha sido el antropólogo Alex Hrdlicka, sostiene el origen asiático de la población precolombina de América; su tesis podemos resumirla en estos 4 puntos: 1)-La población indígena de América es racialmente uniforme. 2)-Toda ella procede de una invasión mongoloide venida de Asia. 3)-Todos los invasores entraron a América a través del estrecho de Behring. 4)-Los inmigrantes fueron todos de cultura inferior, por lo que las altas culturas se originaron en América. Basta con señalar la inexactitud de la primera proposición, para que pierda validez toda la teoría; como dice Canals Frau, no se niega que haya habido pobladores mongoloides venidos a través de Behring, lo que no se admite es que sean los únicos

Igual postura a la de la escuela norteamericana, toma el escritor Raphael Girard, en su obra *Origen y Desarrollo de las Civilizaciones Antiguas de América*; para este autor, el estrecho de Behring. Convertido en puente de tierra durante las glaciaciones, debido al descenso del nivel de las aguas, fue el único punto de acceso a América, para los cazadores y recolectores de cultura inferior, que considera que fueron los primeros pobladores de América, y aun para los cazadores de cultura superior que los siguieron como inmigrantes.

El paleontólogo argentino, Florentino Ameghino, es el autor de una teoría que supone al hombre originario de América; considera que se originó en la parte austral de Sudamérica, a mediados de la Era Terciaria y que tuvo como precursor a un animal de pequeño tamaño que llamó "Homúnculos patagónicos". La evolución de la especie sería la siguiente: el Tetraprothomo, que tiene su base material en un trozo de fémur y una vértebra, hallados en la costa marítima de la provincia de Buenos Aires; el Triprothomo, puramente hipotético, sin base material; el Diprothomo, cuya base material fue una bóveda craneana extraída del río de La Plata; y el Prothomo, inmediato an-

tesor del hombre actual, cuya base material fue un cráneo hallado al Sur de Miramar, en la costa cercana al río de La Plata. Supuso que el hombre originado en la parte meridional de Sudamérica, se extendería al resto sudamericano y luego, pasaría a América del Norte, juntamente con los animales sudamericanos, al unirse ambos subcontinentes por la elevación del Istmo de Panamá. En Norteamérica, la humanidad se dividiría en dos ramas: la del Oeste, pasaría por el estrecho de Behring a Asia, donde originaría la raza mongólica; la del Este, pasaría a Europa, pasando por el puente que al final del Plioceno y principios del Pleistoceno unía Canadá con Europa; en Europa volvería a dividirse en dos ramas; la una por la vía de la bestialización, produciría al hombre de Heidelberg; y la otra, por la vía de la hominización, produciría a la raza blanca. La concepción de Ameghino constituye una teoría que podrá ser original y sugestiva, pero cuya realidad no ha podido probarse; los fragmentos de huesos que sirven de base a los hipotéticos antecesores americanos del hombre, son insuficientes para demostrar la tesis; además la mayoría de los autores que los han examinado los consideran bastante más recientes de lo que los estima Ameghino; finalmente, la teoría de la dispersión de la humanidad parece más bien un producto de la imaginación que una elaboración científica.

Luego, han florecido las teorías del origen múltiple, que suponen que la población que originó a los pueblos precolombinos de América, vino en varias corrientes sucesivas, procedentes de diversos orígenes, lo cual explica las diferencias raciales que existen entre los distintos pueblos indígenas; todos tienen en común, admitir que una de las principales corrientes es la de los mongoloides, venidos por la vía terrestre, a través de Behring; pero a ésta, agregan otras, procedentes de zonas distintas y llegados por otras vías ora terrestres, ora marítimas. Entre estos autores, citaremos a Paul Rivet, quien agrega a la corriente mongoloide, dos más, una australiana y otra malayo-polinesia, llegadas ambas por vía marítima; y a Imbelloni, quien supone hasta siete corrientes de población, constituidas por tasmanios, australianos, melanesios, polinesios, mongoloides, indonesios y esquimales, las que supone llegadas algunas por vía terrestre a través de Behring, pero la mayor parte de ellas por la vía marítima.

El escritor Salvador Canals Frau reduce las corrientes de población a cuatro, que son 1) La de los dolicoideos primitivos de cultura inferior, que considera muy parecidos a los australianos, por lo que los llama australoides; procedían del Asia y vinieron por la vía terrestre, a través de Behring. 2) La de los canoeros mesolíticos, también de cultura inferior; que vinieron del

Norte de Asia, en canoas, costeano las Aleutianas. 3) Los mongoloides neolíticos, procedentes del Sudeste de Asia, probablemente de Indonesia, que vinieron por vía marítima. 4) La de los polinesios, que aportó los elementos de alta cultura a partir de los cuales se desarrollaron los complejos puramente americanos; esta corriente de población procedía de Polinesia, en Oceanía, e ingresó por la vía marítima.

Señaladas las distintas posiciones de los autores, nos queda únicamente tomar partido entre ellas; para lo cual, hacemos las consideraciones siguientes:

1) Aunque no tenemos hasta este momento, suficientes conocimientos para afirmar el lugar donde surgieron los primeros ejemplares de la humanidad actual, podemos estar seguros que no fue en América; es más, muchas de las especies fósiles no estamos seguros si todavía eran primates o si ya eran hombres; pero sí podemos afirmar que cada una de las especies de prehomínidos, protohomínidos y homínidos, tuvo su origen en un solo lugar; desde ese lugar de origen, sus miembros se difundieron, en muchos casos, por zonas más o menos extensas; todos los hallazgos de fósiles de figuras que puedan aproximarse a las especies de transición, parecen corroborar este punto de vista. Ahora bien, no se han encontrado en América, fósiles de especies humanas anteriores a la actual, pese a lo afirmado por Ameghino; por ello, creemos que no solamente habremos de descartar la teoría de éste, sino también las afirmaciones de aquellos autores que consideran autóctonos a determinados pueblos indígenas.

2) Tampoco podemos contar con la unión de continentes, porque, aunque ésta fue una realidad en anteriores épocas geológicas, ocurrió antes de la aparición del hombre, por lo que éste no pudo servirse de ella. Los continentes perdidos, como la Atlántida y la Lemúrida, están hasta hoy, en la categoría de lo posible pero no en la de lo histórico.

3) El paso a través del estrecho de Behring, ya sea de grupos mongoloides o de otros grupos con otras características raciales, es perfectamente admisible; porque, durante los primeros tiempos de la humanidad, la acumulación de hielos de los períodos glaciales hizo bajar el nivel del mar, lo cual a su vez hizo desaparecer el estrecho, que es de muy poca profundidad; además, investigaciones recientes han demostrado que el extremo nordeste de Siberia, Alaska e inclusive el valle del Yukón, estuvieron en todo tiempo libres de hielos, lo que habría permitido, sin mayores dificultades, el paso de los grupos humanos, padres de los futuros indígenas americanos.

4) La población indígena de América no es racialmente uniforme; algunos autores han señalado hasta ocho y diez tipos raciales distintos; es cierto que muchas de estas diferencias pueden haberse originado como resultado de la evolución ya habida en suelo americano, pero aquéllas que ofrecen grandes similitudes con tipos raciales del otro lado del Pacífico, similitudes que no podemos considerar casuales, sí nos indican diversidad de orígenes de la población precolombina de América. El análisis de los tipos raciales de los indígenas americanos nos demuestra la existencia de varias corrientes de población, procedentes de lugares diversos, aunque en número limitado.

5) El análisis de las culturas indígenas de América, ya sea primitivas o altas culturas, nos ofrece el mismo resultado; abundan los elementos de claro origen asiático y los similares a los polinesios; para citar solamente los más destacados, recordemos la tradición del diluvio, las pirámides truncadas, la adoración de los astros, los motivos artísticos y tantos otros ampliamente conocidos; ello, de igual manera, nos está delatando la pluralidad de orígenes de los primeros pobladores de América. Hay que agregar que la explicación de tales afinidades culturales podría seguir dos caminos diferentes; cabe considerar que son préstamos de una cultura a otra, lo cual implicaría influencias culturales que solamente podrían producirse a través del contacto entre los grupos humanos, por lo que podría ser una prueba más del origen múltiple de la población precolombina de América. Cabe también considerar que dos grupos humanos diferentes y alejados entre sí, hayan llegado, en virtud de necesidades similares, a idénticas invenciones. Probablemente, ninguna de ambas soluciones es la única aplicable, sino que ambas se reparten los diferentes casos concretos; así, si se trata de instituciones básicas y fundamentales y en cuanto a su lineamientos generales, la segunda solución es la probable; en cambio, si se trata de costumbres no tan fundamentales, como el uso de las pirámides truncadas, o si coinciden en los detalles, como en los matices artísticos, la primera solución es probablemente la aplicable. Por ello, creemos que en el caso que nos ocupa, muchas de las afinidades culturales delatan sus procedencias.

6) A muy parecidas conclusiones llegamos explorando el campo lingüístico; Rivet hizo notar gran número de concordancias entre voces indígenas americanas y voces australianas y polinesias de similar contenido; las concordancias fonéticas y semánticas, son sorprendentes.

7) En cuanto a las otras vías de ingreso a América, diferentes del paso a través del estrecho de Behring, diremos que todas ellas son posibles, aunque de distinta probabilidad. El viaje de Lacontiki demostró la posibilidad

de la inmigración por la vía marítima; el ingreso costero a través de las Aleutianas es muy probable; el ingreso a través del Pacífico, lo es mucho menos; en relación con la probabilidad de estas vías, cabe señalar que lo que está fuera de duda es la composición heterogénea de los grupos raciales indígenas de América, no su vía de ingreso; ésta pudo ser cualquiera, inclusive cabe la posibilidad de que, tras un largo vagar por el Asia Oriental, estos grupos hayan ingresado a América por la vía terrestre del estrecho de Behring; no olvidemos que tal cosa supone Imbelloni para los tasmanios, los australianos y los melanesios, que supone haber constituido tres de las siete corrientes de población que dieron origen a los indígenas precolombinos, según este autor.

De acuerdo con las razones y los análisis cuyos resultados hemos resumido brevemente, nos inclinamos por la solución propuesta por el escritor Salvador Canals Frau, en su obra *Prehistoria de América*, que es la de las cuatro corrientes de población antes relacionadas; de esta teoría, aceptamos como ciertas, o por lo menos muy probables, las cuatro corrientes de población y los orígenes que el autor les asigna, dejando como menos probable las vías de ingreso, las cuales puede ser necesario revisar a la luz de nuevos conocimientos futuros.

Siguiendo la opinión del escritor Canals Frau, en su obra citada, diremos que los representantes americanos de cada una de las cuatro corrientes de población, son los siguientes:

A) *Primera corriente de población*, o sea la de los dolicoideos primitivos: Como representantes prehistóricos de ella, el autor cita a las siguientes: las llamadas cultura de Folsom, en Nuevo México; el yacimiento de Lindenmeier, en Colorado. Y los de Burnet Cave y Dent, en Nuevo México y Colorado, respectivamente; la cultura de Sandia Cave, en Nuevo México, y los depósitos de Abilene, en Texas; la cultura de Cochise y la de Ventana Cave, ambas de Arizona; la de Gypsum Cave, en Nevada; la de Clear Fork, en Texas; las del lago Mojave y del Pinto Bassin, ambas de California; la de Tepexpan, en el Valle de México; la Cultura de Magallanes en Chile; y algunas otras en otros países, las cuales son de menor importancia comparadas con las citadas. Los grupos humanos originados por esta corriente y que han llegado hasta nuestros días, el autor considera que son los siguientes:

a) Los Sílvidos, entre los que coloca a los Algonquinos orientales, los Iroqueses y los Atapascos, todos en la parte oriental del Canadá y Nororiental de los Estados Unidos.

b) Los Sonóridos, entre los que coloca a los Algonquinos occidentales, los Sioux, los Hoke y los Ponis, todos en los Estados Unidos; y los Yuto-Azteca, que comprenden a las ramas: Shoshona, en los Estados Unidos, y Pima-Nahuatl, en México.

c) Los Láguidos, son ramificaciones en Brasil y Argentina.

d) Los Huárpidos, con pequeños núcleos más o menos mestizados, en Bolivia y Argentina.

e) Los Patagónidos, entre los que coloca a los Chon, Omas y Tuelchas, todos ellos del Sur de Patagonia, inclusive la Tierra del Fuego; los Puelche-Geneken, los Pampa y los Guaycurai, en Argentina y Paraguay; los Mataco-Macá, en Paraguay y Bolivia; y los Charrúa, en Uruguay.

B) *Segunda corriente de población*, o sea la de los canoeros mesolíticos: De la cual se originaron los esquimales y sus antecesores los protoesquimales. Los descendientes actuales comprenden varias familias lingüísticas, que pueden dividirse en dos grupos denominados Esquímidos y Pacíficos, que viven en las costas septentrionales de América, las cuales baña el Océano Ártico, y en la parte más septentrional de la costa americana del Pacífico. Finalmente, la expansión de los descendientes de estos inmigrantes, podemos encontrarla en:

a) Los Califórnicos, cuyos núcleos habitaron en las costa de Alta y Baja California.

b) Los Fuegidos, cuyas ramificaciones, ahora extinguidas, ocuparon las costas meridionales de Chile.

C) *Tercera corriente de población*, o sea la de los mongoloides o melanesios neolíticos: Sus grupos humanos representativos son los siguientes:

a) Los Aruac, con diversos núcleos dispersos en la cuenca del Amazonas y en la Guayana brasileña; y cuyos restos podemos encontrarlos en Bolivia, en Colombia y en las Antillas; estos últimos son los conocidos ciboney.

b) Los Brasílicos, que además de comprender a los anteriores, comprenden también infinidad de variedades en Brasil y países circunvecinos, así como en las islas del mar Caribe; entre estas variedades, merecen citarse los Tupi-Guaraníes, los Caribes, los Bacairías, los Guajiros y los Jívaros.

c) Los Sudésticos, en la zona de los Estados Unidos que tiene costas al Golfo de México.

D) *Cuarta corriente de población*, o sea la de los polinesios cultos o portadores de los elementos de alta cultura: Sus más antiguos representantes son las llamadas culturas megalíticas de América, entre cuyos ejemplares citamos los siguientes: el de Malargüe, provincia de Mendoza, y el de Tafi, provincia de Tucumán, ambos en Argentina; el de Tiahuanaco, en la zona del lago Titicaca, del lado de Bolivia, y el de Chavín de Huántar, en la parte septentrional del Perú, así como el de Quenato, en el valle del Virú, siempre en territorio peruano; el de San Agustín, en Colombia; el de Chontales, en Nicaragua; y el de La Venta, en el estado de Tabasco, en México. Finalmente, estos inmigrantes contribuyen a la formación de dos grupos resultantes del mestizaje y creadores de las altas culturas americanas precolumbinas; estos dos grupos son los siguientes:

a) Los Andidos, adaptados a la vida de la montaña, cuyos ramales más importantes son: los Araucanos, que ocuparon el actual territorio chileno; en el Noroeste argentino, los Capayanes, los Diaguito-Calchaquíes y los Amaguacas, de sur a norte; los Atacameños, también en Chile; en la zona del Titicaca, en Perú, los aymares y los quichuas, los yuncas con su variedades mochica y chimú, en Perú, y otras variedades en Ecuador.

b) Los Centrálidos, que se extendieron por México y Centroamérica; en México, la mezcla de los polinesios fue con los yuto-aztecas, por ello el autor considera incluidos acá a los grupos Nahua, inclusive a los Tolteca, lo mismo que a los Pipiles y a otros grupos. También considera centrálidos, a los Mayas y a los Maya-Quichés; de igual manera a otros pueblos que en la República Mexicana ocupan la zona intermedia entre la zona náhuatl y la región centroamericana de los maya-quichés, tales como los Zapotecas, los Mixtecas, los Mazatecas, los Huastecas y los Tepehuas. Finalmente, también comprende este grupo, a los Chibchas y a los Miuscas, ambos de Colombia y los primeros, además, extendidos por Panamá y Costa Rica.

Consideremos que el anterior catálogo de los pueblos indígenas, que resume las ideas que en relación con este tema expone el escritor argentino Salvador Canals Frau en la obra citada, es en general correcto, aun cuando haya que guardar reserva respecto de los numerosos puntos, en referencia a los cuales existen discrepancias entre los especialistas.

D) *Origen del fenómeno de las altas culturas en América*

El origen de la cultura, aunque suele estar relacionado con el origen de la población, no necesariamente coincide; pues, aunque cuando los grupos

humanos emigran no se desprenden de sus manifestaciones culturales, es perfectamente posible que tales migraciones hayan ocurrido antes de la formación de las altas culturas; por ello, no es imposible que una población venida a América trayendo únicamente culturas primitivas, haya desarrollado acá, con independencia de su origen o procedencia, sus propios complejos culturales; tampoco es imposible que hayan traído algunos elementos de alta cultura, por lo que los complejos culturales que hayan creado sean parcialmente propios o autóctonos y parcialmente originados por difusión de los elementos culturales traídos por los inmigrantes.

Dos teorías originales se dividieron por mucho tiempo, el favor de los autores. La primera, que contó entre sus seguidores a Bastian, su fundador, a Morgan, Taylor y Mac Lennan, ha sido mal llamado "evolucionista"; supone que, dado que la psiquis humana es en todas partes la misma y que las necesidades de los hombres también lo son, es normal que los grupos humanos lleguen separadamente a inventar las mismas cosas y a crear las mismas instituciones; por ello, considera que las similitudes culturales no suponen comunicación previa entre los grupos que las exhiben, pues son el resultado de invenciones idénticas independientes; esta tesis, que contiene elementos ciertos, ha exagerado hasta lo inaceptable los efectos de los mismos. La segunda, cuya fundación puede atribuirse a Federico Ratzel, se conoce con el nombre de difusionista; sostiene que todas las culturas se han originado a través de préstamos culturales, por lo que las invenciones se produjeron una sola vez y luego se ha difundido de unos grupos humanos a otros; es indudable que también esta postura contiene una exageración.

La verdad está, más o menos, en la posición intermedia. Cuando estamos en presencia de cosas o instituciones absolutamente necesarias y en cuanto a sus lineamientos generales, podemos suponer invenciones similares independientes; pero cuando la similitud se refiere a los detalles, como los motivos artísticos, por ejemplo, o cuando se trata de cosas que perfectamente pudieron ser hechas de otra manera con igual resultado, como los templos edificados sobre pirámides truncadas con una determinada orientación por ejemplo, es muy probable que estemos frente a casos de difusión. La moderna escuela histórico-cultural, que cuenta entre sus seguidores a Graebner y al P. Schmidt, tiene este criterio; el cual completa con el de la cantidad de similitudes, pues si puede admitirse que unas pocas sean fortuitas, esto ya no puede sostenerse si ellas se multiplican.

En el caso específico de América, los autores que han sostenido que la población es autóctona, así como los que defienden que se pobló a través de una única corriente de población venida cuando su cultura era toda-

vía de tipo inferior, tienen que suponer la formación independiente en suelo americano, de los complejos culturales que han sido sus altas culturas más antiguas; como hemos descartado estas teorías al referirnos al poblamiento, también habremos de descartar sus consecuencias.

Dentro de las altas culturas de América Precolombina, encontramos las siguientes influencias extracontinentales:

1) Influencias de los centros de alta cultura del Oriente Medio, sobre todo de Mesopotamia y de la India, a través de infinidad de elementos como las pirámides truncadas que sirven de base a los templos, el uso del quitasol y el cultivo de ciertas plantas, como el cocotero y la batata y una especie híbrida de algodón.

2) Influencias de la alta cultura del Extremo del Oriente, que se manifiesta en ciertos motivos arquitectónicos y en la representación de algunos dioses; además, encontramos en la literatura china referencias a viajes por mar, que los autores que los han analizado, como Guines y Quatrefages, concluyen que se refieren a América.

3) Influencias de las culturas de Oceanía (Melanesia y Polinesia), que son las más numerosas; muchos instrumentos, motivos artísticos, detalles de fabricación y ornamentación y grandes afinidades lingüísticas.

Todos estos préstamos culturales se explican a través de las dos últimas corrientes de población, la de los mongoloides neolíticos procedentes de Melanesia y sobre todo la de los polinesios cultos. En efecto, tal como lo hemos señalado anteriormente (en nuestro trabajo titulado *Las primeras Altas Culturas Derivadas*, publicado recientemente en *Humanitas*), la cultura polinesia fue la proyección hacia Oceanía de la alta cultura Indo-China, resultado del encuentro de la Hindú anterior y la del Extremo de Oriente; la Hindú anterior es una filial de la Mesopotamia, a través de la colonia sumeria de Mohenjo-Daro; la del Extremo de Oriente es una alta cultura originaria, nacida en el valle del Yang-Tze. En consecuencia la génesis misma de la cultura polinesia es suficiente para explicar la existencia de los elementos extracontinentales a que nos hemos referido.

Falta únicamente que esclarecer la naturaleza de la relación existente entre la alta cultura polinesia y sus congéneres las más antiguas de América Precolombina. No se trata de un caso de paternidad-y-filiación; las primeras altas culturas americanas precolombinas no son filiales de la polinesia, porque los elementos culturales tomados de ella no son suficientemente abundantes como para constituir el núcleo de las americanas. Simplemente, se

trata de algunos elementos de la alta cultura, traídos por la inmigración polinesia, que, cuando ésta se diluyó en la población antecedente, aquéllos actuaron como catalizador, para acelerar el proceso de creación de las altas culturas americanas, dentro de las culturas primitivas circundantes.

Las primeras altas culturas americanas precolombinas fueron, consecuentemente, altas culturas originarias surgidas por difusión parcial de algunos elementos traídos por los polinesios, y, en su mayor parte, por creación de los grupos humanos respectivos, a partir de la combinación de esos elementos con las culturas primitivas antecedentes.

E) Comunicación entre los centros culturales

Los dos centros culturales, el de Mesoamérica y el de Los Andes, a la hora de la venida de los españoles, no parecían tener comunicación entre sí. Que hubo comunicación alguna vez, es indudable; la difusión de los pobladores humanos por todo el Continente la supone; la gran cantidad de elementos culturales comunes, la delata; no obstante que algunos de ellos pueden explicarse debido al origen común, su abundancia es lo suficientemente grande, como para implicar la comunicación en alguna época.

A la llegada de los europeos no había comunicación permanente, esto es un hecho histórico fuera de duda. Por ello, creemos poder afirmar que solamente hubo, en algunas épocas no conocidas históricamente, comunicaciones esporádicas entre los diversos centros de cultura de la América Precolombina.

San Salvador, 18 de febrero de 1979.

ROBERTO LARA VELADO.

BIBLIOGRAFÍA

PARA "INTRODUCCIÓN AL PANORAMA DE LAS ALTAS CULTURAS DE AMÉRICA PRECOLOMBINA"

APARICIO, Francisco de, *Los aborígenes de América del Norte y América Central*, tomo, II, de la Historia de América, publicado bajo la dirección general de Ricardo Levene "W. M. Jackson Inc.", Editores, Buenos Aires, 1951, cuarta edición.

CANALS FRAU, Salvador, *Prehistoria de América*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1950.

—*Las Civilizaciones Prehispánicas de América*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1955.

CANTÚ, César, *Historia Universal* (II tomos), Casa Editora Garmier Hermanos, París, 1914.

CHAVERO, Alfredo, *México a través de los siglos*, tomo primero, volúmenes primero y segundo, Gustavo S. López (Editor) México, D. F., 1940.

DAWSON, Christopher, *Religión y Cultura*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1953.

GIRARD, Raphaël, *Origen y Desarrollo de las Civilizaciones Antiguas de América*, Editores Mexicanos Unidos, S. A., México, D. F., 1977.

GOETZ, Walter, *Historia Universal*, (10 tomos), La obra es hecha por varios autores bajo la dirección del señor Goetz, Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1945.

KAHLER, Erich, *Historia Universal del Hombre*, Fondo de Cultura Económica, México, 1953.

LARA VELADO, Roberto, *Los Ciclos Históricos en la Evolución Humana*, Editorial Studium, Madrid, 1963.

—*Estudio Histórico de la Evolución Política de la Humanidad*, Editorial del Ministerio de Educación, San Salvador, 1973.

—*Las Culturas Históricas en el Proceso Evolutivo Humano*, publicado en la Revista *Humanitas* No. 17, de la Universidad de Nuevo León, 1976.

MÁRQUEZ MIRANDA, Fernando, *Los Aborígenes de América del Sur*, Tomo III de la Historia de América, publicado bajo la dirección general de Ricardo Levene, "W. M. Jackson Inc." Editores, Buenos Aires, 1951, Cuarta Edición.

PÉREZ VERDÍA, Luis, *Compendio de la Historia de México*, Librería de la viuda de Ch. Bouret, París-México, 1906.

SPENGLER, Oswald, *La Decadencia de Occidente*, Espasa-Calpe, S. A. Madrid, 1958.

TOYNBEE, Arnold J., *Estudio de la Historia*, Emecé Editores, S. A., Buenos Aires, tomos: I: 1951, II: 1956, III: 1956, IV: (1a. y 2a. partes): 1955, V: (1a. y 2a. partes): 1957, VI: (1a. y 2a. partes): 1959, VII: (1a. y 2a. partes): 1961, VIII: 1961, IX: (1a. parte): 1961, IX: (2a. parte): 1962, X: 1962, XI: 1963, XII: 1963, XIII: 1964, XIV: (1a. parte): 1965, XIV: (2a. y 3a. partes): 1966.

WEBER, Alfred, *Historia de la Cultura*, Fondo de Cultura Económica, México, D. F., 1948.